

El comandante sí tiene quien le escriba

Carlos A. Díaz

ME MATARON A MI PERRA SATA OUI-OUI, ACUSADA DE ser espía de la CIA en el acto de repudio. Me saquearon la casa y se llevaron todo, una libra de limones, un pan de molde y un viejo juego de dominó. Me tiraron una rata podrida por el hombro. Me llenaron las paredes de la casa con inmensos carteles que decían: «Maricón», «Tarrúo», «Putas», «Escorias»...

Mi suegro, casi octogenario, fue acusado de chulo y ya ni me acuerdo de cuántas inclemencias tropicales más. Nos llenaron el patio con muñecones de trapo ahorcados, que los cederistas quemaban como si fuera bagazo de caña. Me robaron del refrigerador los huevos que luego me lanzaron a mí y a mi familia. Al principio, fue una docena de huevos, pero luego se unieron los de otros vecinos que los guardaban en sus congeladores, para cuando estuvieran congelados, lanzárnoslos por la cabeza.

Me robaron tres camisas de nylon. Un blue jean. Un viejo Lee. Y una cajita donde yo guardaba un condón antediluviano. Ésos son los objetos menores. Los mayores, la casa, el país, los amigos... Y la superstición de pensar que uno ya no era un ser humano, por tantos meses y meses oyendo que todo el que se iba era una escoria, una mierda, un monstruo devorador de patria. Ya nos preguntábamos si los ampararía la razón de la locura.

Por falta ya de uno, me botaron de tres trabajos, la cosa fue por triplicado. Primero fue del mío propio; luego, del de mi mujer cuando fui a buscarla... Y, por último, del peor de los trabajos: el de ser cubano. Nos arrastraron por cuanto acera había en la acera... Llovieron sobre nosotros los empujones, los gargajos, los gazzatones, las latas de leche condensada vacías, repletas de orines. Me metieron en un bolsillo una familia de cucarachas para que me fueran subiendo por las costillas durante el acto de repudio...

Con todas las precauciones, nos llevaron para la Oficina de Extranjería en Ira. y 20, en Miramar, como si fuera-

mos extranjeros del planeta Marte. Nos cobraron por un escuálido emparedado veinte pesos cubanos, y por un vaso de agua sacado de un tanque con moscas, tres pesos cubanos.

Luego nos llevaron para «El Mosquito», un «campamento purgatorio» antes de la partida final. Y en quince días que estuvimos allí, nos revisaron varias veces los culos a los hombres, y las vaginas a las mujeres buscando joyas o contraseñas, papelitos con los números de teléfono de familiares en la Yuma (USA). Nos hicieron caminar por un gran pasillo donde había unas mesas. Y unos soldados sentados detrás de esas mesas. Y detrás de los soldados, gavetas que formaban altas torres. En esas gavetas echaban todo el dinero que llevábamos encima, las joyas, cualquier cosa que no fueran la carne y los trapos. Después nos soltaron los perros...

Y todos los días llamaban por el repuñetero altoparlante a los pobres infelices que serían devueltos a sus hogares en espera de sabe Dios qué acusaciones o condenas. Unos, porque habían falsificado el carné de identidad; otros, porque habían descubierto que eran miembros del Partido que querían irse; otros, porque eran graduados universitarios que deseaban escapar, o simplemente por pensar que habían enterrado dinero o joyas...

Y con una pala en mano, llevaban a los infelices a excavar en lo más oscuro de los patios de sus antiguas casas, ahora selladas. Una simbólica labor dentro de la Revolución. Una pala. Un jardín. Y un pobre diablo abriendo un hoyo, pensando simplemente que lo iban a matar y a enterrar ahí mismo, debajo de una mata.

En «El Mosquito», por todo alimento, nos dieron *spam* podrido con algunas partes verdes de las cuales asomaban gusanos blancos, un arroz blanco muy sucio y amarillento, sin grasa ni sal, y un yogurt avinagrado. En quince días no nos dieron jabón para bañarnos... Y nada de equipaje. Lo único permitido era la ropa que llevábamos puesta día y noche sin lavarla.

Cada noche todo se repetía. La espera. Los desvelos. El miedo a que nos mordieran los perros. Saber que se estaban acabando los barcos que quedaban en el puerto... Y viendo cómo llegaban en ómnibus o en camiones tapiados, asesinos y locos sacados de manicomios y cárceles, y los montaban a todos primero en los barcos, antes que a las familias que esperaban su salida.

Me acuerdo contra la luz del poniente... Me acuerdo de un negro inmenso con un bombín del siglo XIX con todo el cuerpo tatuado, que quería ser el novio de una infeliz niña de ocho años. Me acuerdo de un pobre loco que extendía los brazos como un avión y se echaba a correr dando saltos por el fango del campamento, pidiendo pista para levantar el vuelo.

Me acuerdo del cumpleaños de varios niños que celebraron los más alucinantes cumpleaños que he visto y veré en mi vida. Cada día se celebraba uno diferente. Los padres y casi todo el que podía del campamento se reunía en la carpa donde vivía el niño que cumplía años. Con las manos le hacíamos una torta de arena, y con los dedos o con un palito le poníamos «Felicidades». Luego alguien le clavaba un fósforo en el centro, y con mucha solemnidad el coro entonaba *Happy Birthday*... Después cada persona metía la mano en la

torta de arena y cortaba un pedazo del pastel imaginario, comentando lo rico que estaba.

Finalmente, nos subieron a un maloliente camaronero llamado Belkis Maggie. Tenía capacidad para cincuenta pasajeros y le metieron trescientos. La familia de mi esposa tuvo que pagar dos mil dólares por persona, y éramos cinco. Diez mil dólares por ir sentados en la resbalosa cubierta de un pestilente camaronero, hacinados codo con codo, vómito con vómito, orine con orine y culo con culo. Los cinco jinetes del apocalipsis cruzaban el Golfo de México.

Taponearon con estopas el sistema de las bombas de achicar agua para que nos hundiéramos en el golfo, ya que como era el penúltimo barco, también terminarían la fiesta con un escándalo internacional. Me imagino al viejo cucarachón en la plaza de la revolución, gesticulando como a él le gusta, diciendo que por culpa del imperialismo yanqui se hundió el barco, por no poner un Ferry o un Portaaviones para que se fuera la isla.

Por eso nos acompañó el guardacostas cubano hasta las mismas narices del guardacostas estacionario yanqui. ¡Hay que ver que también se las traen esos muchachos! Cuando creíamos que finalmente vendrían en nuestra ayuda, empezaron a darle órdenes en inglés al capitán de nuestro barco: *Go back!*, y de nuevo, persistentemente: *Go back!*

Le ordenaban regresar a Cuba, porque ya se había cerrado el Mariel y aseguraban que Estados Unidos no recibiría a nadie más. Era finales de septiembre y el mar estaba horrendo. Había hasta una depresión tropical por las costas de Venezuela. El mar estaba agitado, y el barco se estaba hundiendo. Las gentes comenzaron a gritar despavoridas que la bodega del barco y la sala de máquinas estaban llenándose de agua. Y el repunetero guardacostas americano seguía gritando: *Go back! Go back!* Y yo recordando en ese momento las ilustres palabras del comandante: «Atrás, ni para coger impulso...» Nada de *go back...*

El guardacostas cubano estaba pegadito a nosotros. Los marineros cubanos casi nos decían adiós con los ojos en blanco, virando la cafetera acorazada con sus cañoneras llenas de banderitas cubanas. Y del otro lado, el capitán del camaronero tirado en el suelo del puente con una hernia sangrante en aquella embarcación que hacía agua. Qué gran capitán americano. Que Walt Whitman lo tenga en la gloria. *¡Oh, mi capitán, Oh, mi capitán, el largo viaje ha terminado!* Mi capitán le gritaba al guardacostas estacionario en un inglés sureño que me sonaba como un rapto de violines: «We can't go back!... ¡Enfoquen con el reflector, que ya no hay línea de flotación, nos hundimos! *¡Fuck you, nada de go back!*»

Y el guardacostas negro estacionario, tuvo que llamar a otro guardacostas blanco como un ángel para que nos rescatara. Llegaron los marines con bombas portátiles de achicar agua... Y nosotros gritando y gritando... Un anciano en una silla de ruedas se deslizaba inconteniblemente de proa a popa... El mar estaba temblando, y las gentes, llorando, vomitando. Y el pobre inválido en su silla de ruedas pedía que lo aguantáramos para no caerse al mar... El mar estaba negro con la negrura de la muerte...

De pronto estalló la música en el guardacostas cubano. Era *La Internacional* a ritmo de lata vieja. Y nosotros del otro lado gritándoles: «¡Maricones!», «¡El coño de tu madre, Fidel!» Y los americanos por su lado gritando por el moderno y estereofónico altoparlante: «¡Mantengan la calma o se hunden!»

¡Qué coño... la desesperación es desesperación! ¿Qué se creen que somos? ¿Peces anfibios? ¿Oidores de *La Internacional* antes de que nos coman los tiburones? Y los aplicados *marines* repartiendo salvavidas y *chiclets*. Y los helicópteros sobrevolando las vomiteras. Y cinco infelices aguantando al pobre inválido que ya no podía sostenerse más. Y el mar levantando sus alucinantes temblores. Y el guardacostas cubano poniendo ahora *La Guantanamera*. ¡Dios mío! ¿Será esto el fin musicalizado? ¡Dios mío!

La revolución cubana siempre ha sido la más cursi en el horror. Pero no por eso deja de ser también la más terrible. Siempre tocan música con tumbadoras antes de volarle la cabeza al prójimo, desde el acto de repudio hasta llegar a Cayo Hueso apestando a camarón.

Cuando uno llega no sabe nada de nada, ni siquiera cuánto apesta. La confusión es grande. Una especie de refrigeradores blancos que estaban en los muelles eran baños portátiles. Tres veces le pregunté al *marine* dónde estaba el «pipi-room», y tres veces me señaló desganadamente con la mano: «Over there...» ¿Dónde rayos? ¿Dónde estaba el maldito meadero? ¡Yo me estaba orinando y lo único que encontraba eran refrigeradores blancos! Tarde comprendí que se orinaba en esa especie de nevera...

Tampoco sabía abrir ni una repuñaetera lata de Coca-Cola. Yo recordaba aquellas simples botellitas de cuando niño con su tapita de metal, pero estas latas tenían un mecanismo tan extraño y complicado, que era como quitarle una espoleta a una granada...

... Han pasado los años y de nuevo recuerdo con horror el Mariel. Somos náufragos de nuestra historia. Llevamos ese vacío eternamente adentro. Como si algo se nos hubiera podrido en el alma. Tal vez sea la juventud perdida, o quizás sea algo aún peor: la rabia, que cuando se pudre es mortal.



Carlos Alfonzo. *In Spirit*. (1987)